

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVI

MADRID, 16 DE JULIO DE 1922

NÚM. 19.798

PENAS DEL AMOR PERDIDO

NOVELA CORTA ORIGINAL DE MANUEL BUENO

Cuando Agustina llegó a la fuente a llenar la herrada, como de costumbre, persistía la irradiación solar aún en el espacio; pero el misterio de la noche se anunciaba ya al través de la serenidad luminosa del cielo. Era uno de esos crepusculos costaneros que, al descender mansamente sobre la gracia ingenua del paisaje y sobre la trágica poesía del mar, lo entonan todo de una cierta solemnidad religiosa que abre a nuestro espíritu, deslumbrado por aquel espectáculo, un vasto horizonte de preocupaciones. Se piensa en la brevedad de la vida, en los seresidos, en lo que nos afana y nos tortura, en frivolidades humanas y en ilusiones eternas. Y en esos fugaces instantes de recogimiento, nos sentimos, sin saber por qué, mejores, sin duda porque lo más sano de nuestra sensibilidad está pendiente de la sugestión mística de la Naturaleza...

El itinerario que seguía Agustina al salir de su casa para ir a la fuente, era siempre el mismo. Prefería atajar por los alcores, casi siempre solitarios, a internarse en la carretera, demasiado frecuentada por peatones y trajineros que no se allanaban a pasar junto a la moza sin espetarla requiebros de una pintoresca grosería, a los cuales solía responder ella con agresivo donaire o con una mueca desdenosa, según el humor con que la sorprendía el erótico desenfado de aquellos hidalgos de blusa y alpargata. Solamente los pescadores solían mostrarse comedidos. La miraban de soslayo, con ojos entre maliciosos e inocentes, y no la decían nada. La muchacha trepaba monte arriba por los atajos, deteniéndose unas veces para coger moras entre los setos que orillan los caminos, y otras para dejar franca la vía a una narria que, tirada por dos bueyes y repleta de heno o de tallos de maíz, bajaba lentamente, chirriando sobre los pedregales.

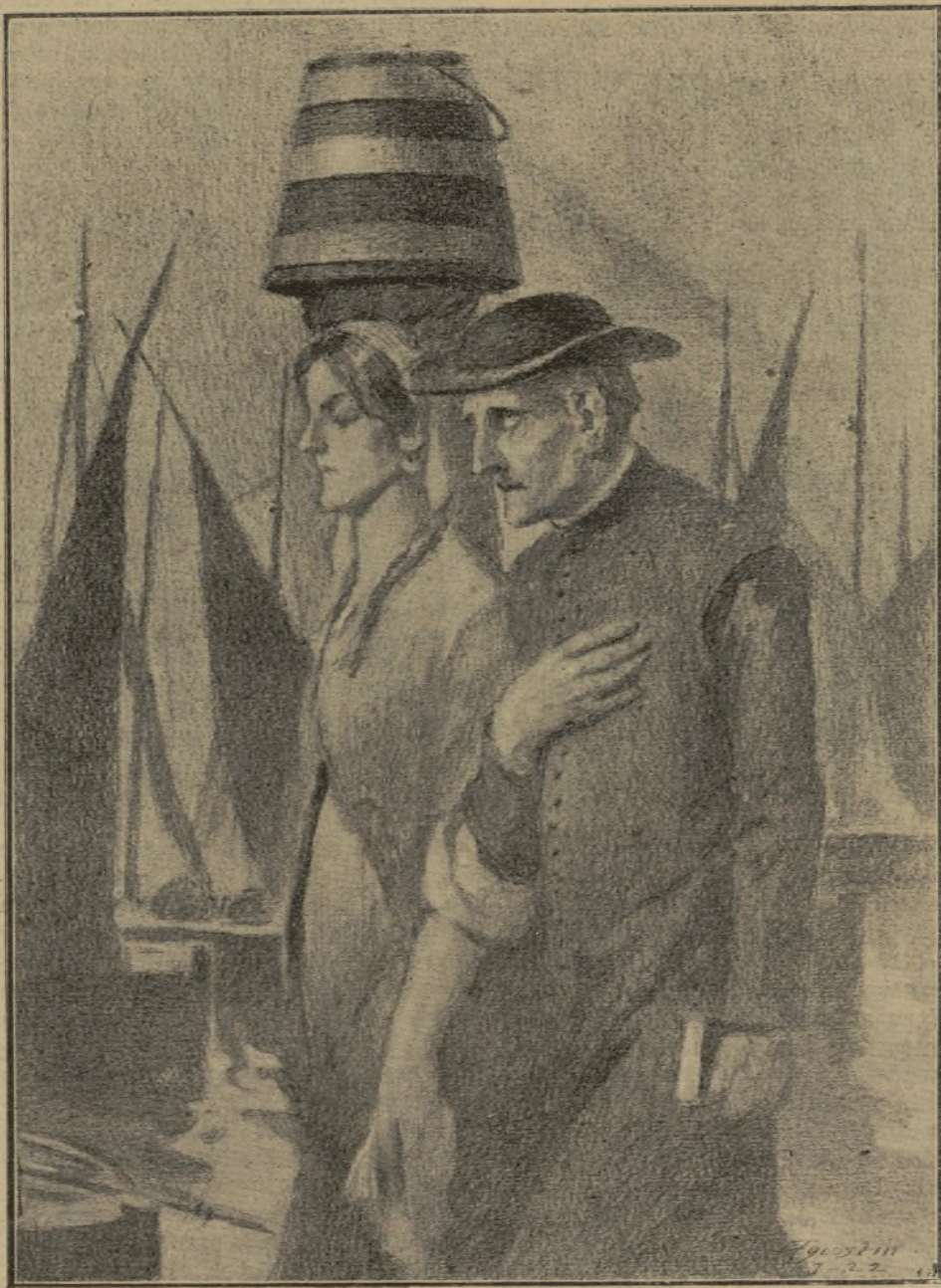
El agua fluía de una roca, revestida de verdín y empenachada de arbustos, a pocos metros sobre la rasante de la carretera que bordea el Cantábrico. Es un agua ferruginosa y ligeramente ácida, que goza de crédito secular entre los aldeanos del contorno, pues no hay anemia, ni opilación, ni apocamiento del ánimo que resista a sus efectos. Las recién casadas, sobre todo, la beben como una garantía de maternidad futura. Agustina se sentó, como de costumbre, al pie del manantial; arrancó unas hojas de aliaga, que se llevó a la boca para mordisquearlas despacio, y quedóse pensativa, de cara al mar. La tarde se desmayaba en la quietud inefable de las cosas. El azul del cielo se iba desvaneciendo hasta degenerar en una claridad perlácea, como la de ciertos ópalos, y el iris de alguna estrella apuntando en el firmamento, daba a entender la definitiva extinción del día. A no ser por el permanente estertor del mar, el silencio hubiera parecido absoluto. Alguna vez, sin embargo, la calma vespertal se alteraba, porque la interrumpía un grito humano, venido de lejos, el paso de un convoy de trajineros o la onda de aire que sacudía

el follaje de los maizales y movía rumorosamente las matas de brezos que pueblan el monte.

A poco de estar junto a la fuente, la muchacha vió avanzar por la carretera, con tardos pasos, a don Damián. Venía el anciano sacerdote leyendo, como todas las tardes a aquella hora, su libro de oraciones. Traía la cabeza al descubierto, y su raído balandrán relucía como si fuera de alpaca. Agustina, al verle ve-

Y con aire resignado se enjugó con un pañuelo, no muy blanco, el sudor que bañaba su rostro. Agustina llenó con cariñosa solicitud la taza de metal que pendía de la herrada y le sirvió el agua, que don Damián apuró de un solo aliento. Luego, ya satisfecho, púsose a contemplar con embeleso el horizonte.

—¡Qué bello rincón del mundo éste al que Dios me trajo en buen hora!—exclamó como si hablase para sí.



nir, se demudó. Su corazón latía precipitadamente. El cura, al reconocerla, desde lejos, la hizo un gesto amistoso con la mano.

—Muy buenas tardes, padre Damián—gritó ella, respondiendo a aquel anticipo de cordialidad.

El sacerdote se fué acercando sin apresurarse, como si no le urgiese interrumpir su íntima comunicación con la Divinidad, y de dos brincos subió al ribazo.

—¡Hola, hija mía!—exclamó, sentándose junto a la fuente—. ¿Quieres darme un poco de agua?... No sé si es el cansancio o la diabetes lo que me da esta sed rabiosa... ¡Todo sea por Dios!

Era hombre ya entrado en años, pero que se conservaba fuerte y ágil, no obstante la diabetes insípida con que también le había favorecido la Providencia. Sobre su rostro enjuto y ligeramente atezado, que animaban unos ojos azules y vivos, le caían, en desorden, unas matas de cabellos blancos, últimos vestigios de una vegetación pilosa que debía haber sido en otro tiempo exuberante. Pero lo característico, lo que atraía en don Damián, era la sonrisa, una sonrisa infantil e inalterable que descubría el fondo de bondad de aquel hombre. No era natural de Cantabria, sino andaluz. De la leyenda que le acompañaba se desprendía que

había entrado en la Iglesia, no a impulsos de una vocación espontánea, sino movido por un temprano y doloroso desencanto de amor. A punto ya de casarse con una muchacha sevillana, de la mejor sociedad, su novia le había confesado una falta que pocos hombres se deciden a perdonar, porque hacen depender de ella su honor, confidencia que dió al traste irremediablemente con la ventura de don Damián. Truncado el noviazgo, el mozo contrajo una melancolía tal, que estuvo a dos dedos de la demencia. Viajó por distraerse, y como no hallase la salud espiritual en la satisfacción de sus curiosidades, entró en la Cartuja, donde sólo pudo permanecer unos meses, por no sentirse con abnegación para soportar el rigor de la disciplina de aquella Orden. Sin embargo, la desolación de su alma le empujaba a buscar un supremo consuelo en Dios, y como su fe en la divina gracia se conservaba íntegra y de día en día más inflamada, resolvióse a vestir los hábitos sacerdotales, solicitando más tarde un curato rural, en una aldea escondida y poco poblada. La urbe, con su agitación y sus vanidades, le asustaba. A pesar de su sagrada investidura, los rescoldos del perdido amor no se habían extinguido del todo. El recuerdo de Isabel le perseguía. ¿Debí perdonar?, se preguntaba, con un asomo de remordimiento. ¿No dice la Iglesia, nuestra madre, que todo pecado, después de la confesión, deja de ser nuestro? En ese caso, yo debí absolver. Sobre todo cuando tuvo conocimiento de que Isabel, al verse abandonada y puesta en entredicho socialmente, se había decidido a ingresar en un convento de clausura perpetua, el desasosiego de su conciencia le quitaba el sueño. Fué menester que el señor obispo de la diócesis disipase sus lancinantes escrúpulos, para que la paz volviese al corazón de don Damián. Luego, las prácticas religiosas y los años le hicieron contraer aquella serenidad interior, que permite al ser humano hacer frente a todas las adversidades, sin que se le altere el ánimo.

En la aldea se le adoraba, por su vida ejemplar y su insondable bondad, pues era allí el consejero y el paño de lágrimas de todos.

Al retraer su mirada del horizonte, el padre Damián la fijó con severa atención en Agustina.

—Hija mía; me duele el decirte que no te veo ahora tan a menudo en el confesonario. ¿Qué te pasa? ¿Cómo van tus relaciones con Juan?...

La muchacha, que temía ya el reproche, apenas oyó las graves palabras del sacerdote rompió a llorar desconsoladamente. Sobre el carmín de sus mejillas las lágrimas se desbordaban. Don Damián, que sobre su experiencia de hombre tenía el conocimiento del corazón humano que se adquiere en el confesonario, se quedó un instante perplejo, ante aquella crisis de dolor. Presintió que algo muy grave debía haber surgido entre aquellos dos seres, y el recuerdo de la seducción de su novia, allá en los años juveniles en que él todavía no pensaba

en la Iglesia, le inundó el alma de amargura. No atreviéndose, sin embargo, a someter a Agustina a una confesión precisa y rotunda fuera del templo, buscó un rodeo para ponerse sobre la pista de la verdad.

—Y él, ¿te había dado palabra de casamiento?

—Sí, padre Damián. Cuando yo me resistía, él, furioso, me juraba que no tardaríamos en ser marido y mujer.

—Entonces—aseguró el sacerdote con calma—no hay nada perdido. El sostendrá su palabra. Esta noche llamaré yo a sus padres a la rectoral. Y ahora, hija mía, como ya está anocheciendo, vámonos.

Agustina, dócil, cargó la herrada, llena de agua, sobre un cerquillo de tela que se puso encima de la cabeza, y echó a andar, escoltada por el sacerdote, que iba rezando.

La noche, en efecto, se les venía encima. En el cielo, de un azul profundo, todas las constelaciones se hacían visibles, y los plantíos y arboledas que visten las vertientes del monte y las márgenes del mar empezaban a perder sus contornos entre las sombras. A lo lejos brillaban las luces de las embarcaciones pesqueras rezagadas, y la aldea, de diseminado caserío, que se levanta a la izquierda y al abrigo del Cantábrico, se ocultaba en la oscuridad nocturna. Caminaban la muchacha y el sacerdote juntos, con acompasado andar, y como él sintiera los sollozos y suspiros de ella, hubo de decirle con acento paternal:

—No llores más, hija mía. Dios no permitirá que te pierdas. Y yo, en su nombre, te absuelvo.

Al pronunciar sus últimas palabras, su voz tembló extrañamente, como si la absolución quisiera comprender en el mismo gesto de misericordia el pasado y el presente de la pobre Eva pecadora...

Solía poner el padre Damián en su misión sacerdotal tanta piedad como diligencia. A nadie podrá sorprender, pues, que, apenas transcurridas unas horas desde la confesión de Agustina, así que despuntó el día, llamase a Juan a la rectoral. El mozo, adivinando la causa del requerimiento, se presentó, cohibido y cabizbajo. Era un hastial de varonil estampa, que presumía de guapo y de temerón, habituado a recibir los mudos homenajes de las mozas y a poner la ley entre los mozos del lugar. Alto, moreno, sus ojos oscuros y su pelo crespo definían ese tipo del Antinoo campesino que al emigrar a la ciudad suele alcanzar a menudo cierto éxito entre las damas un poco histéricas que subordinan instintivamente lo espiritual a lo físico. La misma tosquedad de ese tipo masculino es un encanto más para determinadas mujeres, que prefieren, tal vez respondiendo a misteriosas exigencias de la raza, la ordinario sana al insulso refinamiento de un señorío degenerado por la molición.

—Te he llamado, Juan, para recordarte que tienes pendiente una obligación de cristiano y de caballero...—dijo el sacerdote, clavando con ansiedad los ojos en el mozo.

Este, al pronto, no halló palabras para contestar, y como su vacilación se prolongase, don Damián le facilitó el camino de la respuesta.

—Has seducido a Agustina, y eso no está bien...

—Ella lo quiso, porque gustaba de mí... Otros antes que yo la buscaron, y se negó...—repuso el muchacho, sin levantar a cabeza del suelo.

Aquel intempestivo alarde de fatuidad, que en otras circunstancias hubiera hecho sonreír al sacerdote, le hizo perder en aquel caso la paciencia. La fría esqui-

vez del mozo, debajo de la cual presentaba don Damián el propósito firme de no avenirse con Agustina a ninguna reparación legal, le irritaba.

—No sé si sabrás que, además de un pecado mortal, has contraído una responsabilidad ante la ley. ¿No te da vergüenza el haber seducido a una pobre muchacha inocente, que no podía defenderse?...

Y al formular aquellos cargos contra el seductor, el sacerdote evocaba involuntariamente el pasado. Veía a Isabel, antes de haberla conocido él, asediada por cualquier Don Juan urbano, tan frío de entrañas como aquel burlador lugareño que tenía delante, sucumbiendo, en un minuto de desfallecimiento, a la tentación; abandonada y tal vez escarnecida también en conversaciones privadas y en comentarios de casino. Y su alma, al evocar aquel recuerdo, sangraba de dolor...

—Pues yo, señor cura—exclamó al fin el patán, manoseando la gorra—, no puedo hacer nada. Si es cosa que se pueda arreglar con unas pesetas, me allanaré a ello; con tal de que se vaya del lugar...

El cura, entristecido e irritado, no pudo empujar su cólera...

—¡Vete de mi presencia, miserable! ¡Eres un canalla!

¡Dios te dará tu merecido!

Y le volvió la espalda con desprecio. Dejose caer en un sillón y se recogió a meditar.

Entretanto, el mozo, que no tenía interés en prolongar la entrevista, tomó silenciosamente el portante y se alejó. Al verse a solas, la aflicción de don Damián se hizo más intensa.

«De modo—pensó—que el mundo viene a ser como un coto en el que los seres débiles están libremente a merced de los fuertes. La inocencia es vencida por la astucia; la mansedumbre, por la cólera, y la virtud, por el vicio.»

Y volviéndose a la imagen de Cristo, que campeaba a la cabecera de su cama, exclamó con amarga desesperación:

—¡Señor! ¿Por qué permitis eso? ¿Va a ser siempre así?

Y su aflicción se alivió al sentir que la pena íntima se le licuaba en lágrimas.

Repuesto a medias, encaminóse a la iglesia y dijo su misa con más fervor que otras veces, como si, al reproducir simbólicamente los episodios de la Sagrada Pasión, implorase un milagro, una muestra de la piedad divina, propicia a salvar a una pobre mujer del deshonra. Y, ante el ara santa, fué, alternativamente, un hombre cautivo de un recuerdo de amor y un discípulo de Cristo inmune a todas las tentaciones de la carne.

Acabada la ceremonia, don Damián hizo comparecer en su presencia a don Antolín Careaga y su esposa, doña Modesta Ramírez, padres de Juan. ¿Qué esperaba de ellos? A decir verdad, visto el estado de ánimo del mozo, nada. Todavía de la debilidad de carácter de don Antolín hubiese podido conseguir algo; pero la condición engreída y zahareña de la dama le inspiraba desconfianza. Quiso ser hábil, encarándose primeramente con el marido, ya que el caso, por lo grave, era del dominio de los

hombres; pero la oficiosidad de doña Modesta se interpuso entre los dos interlocutores.

—Ya sabréis de lo que se trata. Vuestro hijo ha quitado la honra a una mujer, dándole palabra de casamiento... ¿Qué os parece eso? Si vosotros tuvieseis una hija, ¿os gustaría que hicieran lo mismo con ella?...

Abrumado por la acusación, don Antolín no supo qué contestar. Miró a su mujer, como reclamando su ayuda intelectual, y ella no tardó en asistirle.

—No haga usted caso de esa mujer, don Damián, que es una pindonga. Ella, con el achaque de que usted es un santo, ha venido aquí a contarle a usted la historia de su deshonra... Pero no tiene usted mas que informarse de las voces que corren por el pueblo a su costa... La tal Agustina ha tenido que ver antes con otros; ahí tiene usted al chico de Casiano, el de los mulos, que anduvo en relaciones con ella el año pasado. Luego se entendió con Paco, el de la Sebastiana, con el que se veía todas las noches en la plaza... Y con otros más que se encontraban en las romerías... ¿Inocente? ¡Sí! ¡Sí! Eso se lo podrá ella decir a un infeliz como usted; pero yo soy perra vieja y conozco la vida y milagros de todo el mundo.

A medida que iba hablando doña Modesta, se congestionaba. Era una mujer que no levantaba ocho palmos del suelo, gruesa, bien plantada, de carácter imperioso y arrebatado, que ejercía en su casa una verdadera dictadura. Cuando algo la contrariaba, sus ojos, encendidos por la ira, asomaban como dos ascuas entre las adiposidades faciales, y su labio superior, ligeramente sombreado por el vello, temblaba.

Al oírle, el ánimo de don Antolín se esponjó, como si le quitasen un peso de encima. Su inhibición del caso le dejaba en absoluta libertad de pensar en otras cosas. Era el alcalde del pueblo y uno de sus caciques locales menos escrupulosos. Malas lenguas atribuían a su caudal, que era considerable, un origen poco limpio; pero él, desdeñoso de aquellas murmuraciones, que imputaba a la malquerencia política, seguía acrecentándolo a expensas de los bienes de propios y de los fondos del Pósito, que administraba desde muchos años atrás.

—Eso que tú dices, Modesta—replicó el sacerdote—, sin duda para eludir el cumplimiento de un deber, es una infamia. Yo conozco a Agustina mejor que vosotros. Es mi penitente, y viene al confesonario con más frecuencia que tú...

—Será lo que se quiera, padre Damián—repuso la dama, desbordándose; pero yo no paso de ningún modo porque mi chico me la traiga a casa como nuera. Las mujeres—añadió con rudeza—no tienen mas que una cosa que conservar... Si ella lo ha olvidado, peor para ella...

—Y tú, Antolín, ¿qué dices a todo esto?—preguntó el cura, desviando la mirada hacia el marido.

Aquella bruesa acometida encontró al alcalde desprevenido. Parpadeó unos instantes, hizo un gesto vago, como el que

procura moldear sus ideas en las palabras, y al fin se contentó con decir:

—Yo, señor cura, no sé nada. En casa todo corre a cargo de mi mujer. Yo no salgo del Ayuntamiento.

—Pero tú, como cristiano y como caballero, ¿qué opinas del caso?

No obstante, al verse estrechado por la acometividad del sacerdote, don Antolín rehuía el contestar.

—¿Qué ha de opinar éste, si nunca opina nada, padre Damián? Yo sola soy la que está en los secretos de mi chico... Antolín, con la vara de alcalde tiene bastante—exclamó ella, impaciente ya por marcharse.

—Es verdad, con la vara me sobra a mí—confirmó el monterilla, asintiendo.

Y sonrió complacido de aquel hallazgo de su mujer, gratificando a ésta con una ojeada picaresca.

El cura, ausente en espíritu de aquella escena, meditaba. La ruindad de aquel par de egoístas no le sorprendía. El, que conocía por experiencia el corazón humano, se explicaba y hasta disculpaba las malévolas evasivas de la alcaldesa y el inalterable encogimiento de hombros de su digno consorte. Los despidió, pues, con estricta cortesía, sin humillarlos con nuevas récriminationes, y, para no perder tiempo, salió a la busca de Agustina. Era indispensable proceder, hallar una salida al conflicto en que se había metido la muchacha, antes de que su desairada situación la atrajese la afrenta de todo el pueblo. Aunque él estaba resuelto a no escatimarla, en el peor caso, su simpatía y su piedad, hizo propósito de oírle en confesión, para saber si le había ocultado algún otro desvarío suyo. Con ágil andar, se fué en derechura al huerto de la viuda de Acha, y allí se la encontró, recogiendo avena para el ganado, en uno de los herreños de la finca.

Como el sacerdote no había reparado nunca en ella mas que de pasada, al verla a la plena luz del día, su imponente belleza le turbó un poco. El cuerpo de Agustina, esbelto y flexible, tenía la gracia de una palmera. La agitación del trabajo había encendido su rostro, y de sus grandes ojos claros había desaparecido toda huella de lágrimas. Al ver venir a don Damián, se retocó pudorosamente el corpiño de percal y se alisó con un peinecillo la cabellera rubia, que con cierto desorden, no exento de arte, se la precipitaba sobre los hombros, medio desnudos.

—¿Me buscaba usted, padre Damián?—preguntó, de lejos, saliendo a su encuentro.

—Sí, hija mía. Quiero oírte en confesión esta tarde. A las cinco te espero en la iglesia. No faltes.

La púrpura del rubor asomó a su rostro al oír la invitación; pero no opuso el menor reparo a las palabras del cura.

—¿Ha visto usted a Juan?—preguntó, contentiendo la respiración.

—Sí. Todo se arreglará—contestó don Damián, aplazando el desengaño. Nada temas.

Luego, por no alentar demasiado sus ilusiones, añadió:

—De un modo o de otro te sacaremos del aprieto.

Y se alejó, sin volver la cabeza, con vivos pasos...

Agustina dejó la aldea sin gran pena, porque allí todo el mundo, menos el sacerdote, le era hostil. Juan, no contento con burlar su inocencia, había pregonado su triunfo, procurando herir a los despechados que antes de él habían cortejado vanamente a la muchacha. Las mozas del pueblo, lastimadas por la rivalidad de aquella belleza, no pudieron reprimir un comentario, que los resumía



todos, al saber su caída: «¡La muy tonta quería cazar al chico del alcalde. ¡Para ella estaba!...»

Por su parte, don Damián no vino en conocimiento de nada que ignorase al oír a Agustina en el confesionario. Las confidencias de la penitente, lejos de agravar su situación, dieron aún más pábulo a la piedad del confesor.

—Hija mía—la dijo—, es preciso que salgas del pueblo para que esta gentuza no te lapide con sus sarcasmos. Solamente Jesús nuestro Señor podría librarte de esa implacable pedrea. Irás a Madrid con una carta mía, y serás admitida inmediatamente en la servidumbre de una familia muy cristiana, que te acogerá con simpatía, sin más que mi recomendación. Allí, en un ambiente de virtud, estarás muy bien. No te digo que te regeneres, porque, gracias a Dios, no eres una depravada; pero es conveniente que entres en ti misma, que te pongas al habla con tu conciencia y que hagas propósito de no reincidir en la culpa. Lo demás, en tu favor, lo pondrá Dios, que es todo misericordia. Yo velaré por ti desde lejos...

Los primeros días de su permanencia en la corte fueron difíciles para Agustina. Estaba, a un mismo tiempo, deslumbrada y aturdida. Los señores de Torres Vigurzi, a cuya casa había venido a parar, pertenecían a lo más encopetado de la clase media. Ella, la señora, se ufanaba, fundadamente, de su linaje, pues descendía en línea recta de los marqueses de las Hurdes, título acuñado por mérito militar en la época de Felipe IV, a quien acompañó el primer marqués en su desastrosa campaña de Portugal como capitán de caballos. Era una dama cincuentona, de angulosas hechuras, adusta de ceño, pero de severos principios, que no se hacía perdonar su falta de belleza por ningún otro encanto personal, ya que en su trato con las gentes solía mostrar una sequedad de maneras y una intolerancia de criterio difíciles de superar. Su marido, el señor de Torres Vigurzi, era un agente de Bolsa que había amasado una cuantiosa fortuna en operaciones respaldadas y garantizadas por el Estado español y en tratos usurarios que solía emprender clandestinamente con el concurso de hábiles intermediarios que jamás sacaban a relucir su nombre. Era el consejero más atendido de la banca Rubiales Hermanos, que no aceptaba ningún negocio sin oírle, y en política militaba, con el título de senador vitalicio, en el partido ultraconservador, al que había venido de la mano de Pidal. Era hombre de carácter abierto y llano, que, al contrario de su mujer, le atraía las simpatías de todo el mundo; muy cortés y condescendiente, con tal de que no se tratase de desprenderse de dinero. Don Antonio Cánovas, noticioso de su competencia en asuntos económicos, había querido confiarle varias veces la cartera de Hacienda; pero el señor de Torres Vigurzi, que era un egoísta solapado, había preferido la comodidad a los oropeles de la vida pública. En lo físico se conservaba, no obstante sus sesenta años bien sonados, bastante bien. Era hombre de aventajada presencia, tirando a grueso, algo congestivo y enteramente calvo. Su rostro lleno, sus ojos pardos e irónicos, su robusta nariz y boca ancha y carnosa, que decoraban un bigote cano, recortado a la americana, y una dentadura artificial, hábilmente disimulada, anunciaban un temperamento sensual, ávido de buen vivir. De aquel matrimonio, poco pródigo, habían venido al mundo dos vástagos masculinos, con gran contrariedad de la señora, que hubiese deseado una diferenciación sexual en la pareja: Augusto, que estudia-

ba medicina, y Ramón, que había caído del lado de la filosofía y las letras. Era el primero un muchacho alegre y un poco disipado, que se burlaba, siempre que podía, de las severidades maternas, materialista y sin la menor afición a los vagabundeos de la fantasía. Sus dos placeres preferidos eran el balompié, deporte en el que era muy diestro, y las mujeres, a las cuales solía abordar con desenfado, para saber pronto a qué atenerse. El temperamento de su hermano Ramón era diferente. Frecuentaba el Ateneo, era amigo de literatos, sentía cierta cortedad al acercarse a las mujeres y componía versos sigilosamente, como si se tratase de una afición reprochable. Físicamente, la Naturaleza había dispuesto que no desmintiesen el molde familiar, pues mientras Ramón reproducía con bastante fidelidad el tipo sanguíneo y sensual del señor Torres Vigurzi, su hermano Augusto tiraba a apantear las líneas fuertes y angulosas de la madre.

La entrada de Agustina en la servidumbre de la casa perturbó gravemente la paz de aquella ordenada familia. No



se quebrantó ninguna costumbre, ni se alteró ninguna rutina, cosa que no hubiese consentido doña María, que era, por decirlo así, la tradición hecha carne; pero la belleza de la campesina estuvo a punto de disolver aquel cristiano hogar. Exteriormente, ninguno de los tres hombres dejó traslucir el menor trastorno espiritual; pero, por dentro, los tres sentían misteriosamente la influencia de la muchacha. Augusto, en cuanto halló coyuntura propicia, dejó que se le fuesen las manos al tallo de Agustina; pero ésta, que no era lerda, le sacudió una bofetada al señorito, demostrándole que no se necesita dominar el balompié para reprimir con energía ciertos excesos. Ramón, más tímido, cayó, en presencia de la muchacha, en una exaltación lírica, de la que se aliviaba escribiendo poesías a estilo virgiliano, de un sensualismo febril; estrofas que, reproducidas a máquina, solía encontrarse Agustina por la noche debajo de la almohada, y que eran leídas al día siguiente, en voz alta, en la cocina.

La táctica del señor de Torres Vigurzi era más prudente. Fingía que la entrada de Agustina en la servidumbre de la casa había pasado inadvertida para él, y no la miraba jamás de frente cuando estaba alguien delante; pero en cuanto las circunstancias se lo permitían, la devoraba con los ojos. ¿Cómo hablar a solas

con ella?, se preguntaba el senador, con inquietud.

Un día, de sobremesa, cuando la muchacha estaba levantando los manteles, el señor de Torres Vigurzi exclamó con la mayor naturalidad:

—Hay que procurar que esta chica aprenda a leer. Es un caso de conciencia...

—¿Para qué? ¿Qué falta la hace enterarse de lo que se escribe? Conque sea honesta y trabajadora, basta—arguyó, con el tono dogmático que le era peculiar, doña María.

Y no volvió nadie a resucitar ningún tema pedagógico a propósito de la doncella.

—¿Qué preciosa eres!—solía decirle el señorito Augusto, con todo descaro, siempre que se la encontraba cerca—. ¿Quieres que nos escapemos juntos?...

Ramón, sin dejar de agobiarla bajo el peso de sus rimas, la pidió un retrato.

—Es usted una diosa—la decía con inflamada voz—, y quiero llevar su retrato siempre conmigo, para adorarla.

Agustina acogía aquellos homenajes entre risueña y asombrada, pero no se

to, aproximándose a ella—me tiene usted loco...

Ella hizo un movimiento de repulsión y quiso huir; pero él la contuvo con un gesto afable...

—No, hija mía; no te asustes ni te vayas—prosiguió, tuteándola ya con toda libertad—. Lo dicho, entre los dos se queda. Pero, ya lo sabes, yo te adoro. Y si algún día quieres mudar de posición, vivir con lujo, tener criados, coches y brillantes, no tienes más que abrir la boca. Yo estoy dispuesto a dar todo eso por un beso tuyo...

Al pronunciar las últimas palabras, la emoción erótica del senador debió ser tan intensa, que tuvo que arrimarse a un mueble para no caer. Le fué preciso estar muy sobre sí para no extender los brazos y estrechar a la doncella, que, anonadada por lo imprevisto de aquella escena, no se atrevía a levantar los ojos del suelo.

—Y ahora, Agustina, vete a tus quehaceres. No quiero comprometerte delante de la servidumbre. Piénsalo a solas, y ya lo sabes... A mí me tienes dispuesto a todo. ¡Ah!—continuó, bajando mucho la voz—. Y conste que todo pasará en el mayor secreto. Ni la tierra se enterará de nada...

Nada es más fuerte que la voluntad de los dioses, ha dicho nuestro padre Homero. Agustina mudó de posición. Era su destino. Tuvo morada opulenta, trapos ricos y vistosos, pedrería, comodidad, molición. Tuvo, además, el homenaje de los hombres que han preferido siempre la voluptuosidad al sentimiento, la embriaguez con que nos exalta la materia, a los nobles gozos del corazón. Y aquella mujer, que tanto había amado en la paz idílica de la aldea, que lo hubiese inmolado todo por un cariño humilde en el silencio de los campos; aquella criatura que, al recibir el primer beso de un hombre, había creído sentir un latido maternal en sus entrañas, conoció a muchos hombres, los burló, los humilló y los escarneció con el privilegio que tiene la soberanía de la carne femenina para imponer su despotismo.

Y un día, hallándose tomando el té en compañía de dos grandes de España, un ex ministro y un general, que asistían a sus fiestas domésticas, Agustina fué sorprendida por un extraño visitante, que venía de su pueblo. Era Juan.

—Vengo—la dijo con trémulas palabras—a darte dos noticias: una, mala: ha muerto el padre Damián; y otra, buena: que he resuelto devolverte la honra, casándome contigo.

A eso repuso Agustina, transida de emoción:

—¡Pobre don Damián! ¡Era un santo! ¡Jamás le olvidaré! Y en cuanto a eso desagravio que me ofreces, Juan, es tardío... ¿Para qué quiero yo esa honra con que me brindas? Yo era pura y buena. Tú lo sabes mejor que nadie. Yo te adoraba y te hubiera hecho feliz. ¿Por qué me humillaste? ¿Por qué me maltrataste? Ahora he venido a ser lo que todos quisisteis que fuese: tú, brutalmente, implacablemente; los demás, con su hipocresía y su maldad... ¡Juan, Juan! ¿Qué hiciste de mi corazón?

Hubo una tregua de silencio, que interrumpió Agustina con estas postreras palabras:

—Toma este dinero—alargándole unos billetes de Banco—, y cuida, en mi nombre, de que no falten flores frescas nunca en la tumba del padre Damián... Y ahora, Juan, adiós, ¿verdad? Tengo gente a tomar el té. (Despidiéndole, ya de espaldas a él.) Adiós, Juan...

Manuel BUENO

Dibujos de Agustín.

DON ALONSO EL BUENO

La primera salida

Antes que el sol, desde el lejano Oriente,
dore los llanos con su luz radiante,
el valeroso Caballero Andante
sale al campo con recio continente.

Noble y erguida su altanera frente
ante la línea del confin distante,
hinca la espuela al viejo Rocinante,
tardo en andar, y en resistir, paciente..

En la parda amplitud de la llanura
su corazón presente la aventura,
y esclavo de una noble y alta idea

—Da a mi alma arrojo y a mi brazo alientos
—exclama el Caballero—, ¡oh, Dulcinea,
dueña y señora de mis pensamientos!

La derrota

Fué vencido el hidalgo sin ventura,
No le acorrió su sin igual pujanza,
y de Carrasco la villana lanza
en tierra dió con su inmortal locura.

Más que los huesos, duélele en tan dura
ocasión su menguada malandanza,
al ver muerta en su pecho la esperanza
y en su brazo esforzado la bravura.

Menguada su honra y su altivez menguada,
piensa en la vieja aldea abandonada
donde sus armas cubrirá de herrumbre

el transcurso tedioso de los días,
y lamenta con honda pesadumbre
el fin vulgar de sus caballerías.

El retorno

Las viejas armas de oriniento acero,
cubiertas por el polvo del camino,
torna el hidalgo a su lugar, mohino,
mas con el noble corazón entero.

El no bien ponderado Caballero,
maldiciendo la burla del destino,
contempla el áureo yelmo de Mambrino,
convertido en bacía de barbero.

En su celada, magullada y rota,
nuestra el triste blasón de su derrota.
Sancho le habla de su ínsula, quejoso...

Muere en Poniente lentamente el día,
y el hidalgo, en la parda lejanía,
ve borrarse la sombra del Toboso...

José MARIA PLATERO

EL VILANO AZUL



soy la princesa Marilinda, hija del rey Sisebuto y de la reina Segismunda, y ellos mandan en este país!

—¡Mandarán en este país; pero en este jardín mando yo!—gritó el gigante, con voz de trueno—. Y tú eres una ladrona, que has venido a coger y estropear mis flores.

—No las estropeo, ni siquiera las cojo—protestó la princesita—; solamente las admiro y las huelo.

—¿Cómo que no las coges y las estropeas? ¿Y esto?

Y el hombre blandía con furor el tallo del vilano.

—Esto no es una flor, es una mala hierba—murmuró la niña, que había perdido toda su altivez y temblaba de miedo.

—¡La mala hierba la serás tú! ¡Esto es una flor, porque yo lo digo, y basta! Y ahora escúchame: Te doy tres horas de plazo para reconstituir mi precioso vilano azul, que has destrozado estúpidamente. Como no lo consigas, te guardaré aquí de esclava en este jardín, que tanto te gusta, para cavar y escardar.

Y se marchó, haciendo un ruido terrible con sus pesados zuecos.

Marilinda quedó aterrada. Le gustaban las flores, pero no para cuidarlas manchándose de tierra sus deditos blancos y finos; y la perspectiva de ser esclava del gigante la horrorizaba. Pero ¿cómo reunir las mil pelusillas dispersas al viento?

Buscó cuidadosamente, y encontró diez o doce en el suelo y tres o cuatro que revoloteaban. Quiso cogerlas, pero había una que parecía burlarse de ella; a medida que se acercaba, se escapaba. De pronto, la pelusilla azulada se posó sobre un granito rojo. Marilinda avanzó, dió un tropezón y, ¡patatrás!, se cayó, metiendo la nariz en la flor.

Iba a levantarse, furiosa y avergonzada, cuando ante ella, en la hierba, vió un saltamontes, más grande y hermoso que todos los que ella había visto hasta entonces. Con infinitas precauciones, la niña alargó la mano y, olvidando ya todas sus aventuras, le cogió suavemente por las alas.

El saltamontes, inmóvil y mirándola fijamente, se dejó coger.

Pero al ponerse la niña de pie, el saltamontes se le escapó y, ¡pluf!, de un brinco cayó de nuevo en la hierba. Marilinda lanzó dos gritos: el primero, de pena; el segundo, de asombro: ante ella, en lugar del saltamontes, había un joven, vestido de raso verde esmeralda, con manto de gasa plateada.

—Soy—le dijo—el príncipe Saltarín. Un día entré en este jardín a coger un ramo para la princesa Cigarra, de quien estaba enamorado. Pero el dueño me sorprendió y me ordenó que volviese a colocar las rosas en sus rosales sin que se marchitasen. Como eso era imposible, y como él es un brujo tan poderoso como malo, me condenó a ser saltamontes hasta que me cogiese una princesa más digna del ramo que la princesa Cigarra, la ingrata que me ha olvidado y sigue cantando como si tal cosa.

—Vaya—dijo Marilinda—; lo que pasa es que ahora somos dos cautivos en lugar de uno, porque el brujo me ha ordenado que reúna todas las pelusillas de un vilano que con mi soplo espar-

cí; ¡y apenas he encontrado diez o doce!

—No te apures por tan poco, princesita; en mi vida de insecto he trabado algunas amistades con los huéspedes de este jardín, y ellos nos ayudarán a salir del mal paso.

La cogió de la mano, y la llevó hacia una casita de tierra, diminuta y sencilla, y llamó:

—¡Grillo! ¡Amigo grillo!

Un hombrecito flaco y vestido de terciopelo negro apareció a la puerta de la casita.

—Tú, que eras tan buen pregonero, ¿tendrías la amabilidad de hacer una llamada a las mariposas, para que nos trajesen las pelusillas perdidas de un vilano azul? Es trabajo delicado y poco fatigoso, digno de ellas, ciertamente.

En seguida se oyó la carraquita del grillo, mientras su vocecita rechinaba por todo el jardín:

Cri, cri, cri.

Maripositas, venid aquí.

Salid todas de entre las flores,

maripositas de mil colores,

«Se han perdido, entre el sendero de las rosas blancas y el macizo de hortensias del Japón, las pelusillas de un vilano azul; deberán ser entregadas a la princesa Marilinda y al príncipe Saltarín.»

Salid todas de entre las flores,

maripositas de mil colores.

Cri, cri, cri.

Maripositas, venid aquí.

A los pocos minutos, el jardín se vió lleno de mariposas, que parecían flores con alas, y revoloteaban, afanosas, entre las flores. Marilinda las vió llegar. Cada una llevaba una de las preciosas pelusas, que iba depositando en el delantal de seda de la princesa.

—¡Ya hay de sobra!—exclamó la niña,

encantada—. Pero ahora, ¿cómo las sujeto yo al tallo?

—Nada más fácil; tengo una amiga, princesa como tú, que nos dará algo con qué encolarlas—dijo el príncipe.

Y la condujo a un extraño pueblecito, compuesto por lindas chocitas con techos de paja dorada.

—¡Princesa Abeja!—llamó Saltarín.—¡Princesa Abeja!

Una damita de talle fino, ceñido en lujoso vestido de peluche sedoso, apareció.

—Te presento a tu compañera la princesa Marilinda—dijo Saltarín—. ¿Quieres regalarle un poco de tu miel? ¡Oh! No es para comérsela, aunque sospecho que es algo golosa; es para encolar las pelusillas de un vilano azul.

—Con mucho gusto le regalaré miel; no un poquito, sino un panal entero—contestó amablemente la princesita dorada—; pero habrá de guardarlo para comérselo de postre. Para encolar, tengo algo mejor; cera.

La princesa Abeja trajo la cera, y la princesa Marilinda, con sus deditos ágiles y delicados, fué escogiendo las pelusillas más gruesas, las más sedosas, las más lindas, y pegándolas al tallo.

Ya reconstituido el vilano azul, estaba tan hermoso, tan tentador, que la atolondrada princesita infló sus mejillas, y hubiera soplado de nuevo si el príncipe Saltarín no la hubiera detenido a tiempo.

El gigantón de la blusa azul no tuvo más remedio que inclinarse, y, refunfuñando y de mala gana, abrió la puertecita de madera verde ante los cautivos, que se alejaron, riendo, corriendo y cantando.

Se casaron en el mes de mayo, el mes de las flores, y el día de la boda, aun más que alegría, dulces y cariño, había en el palacio real flores y mariposas.

EL GATO CON BOTAS

Dibujos de BARTOLOZZI.



IMPRESIONES
DE UN LECTOR

Un libro sobre Marruecos

Rodrigo Soriano ha dedicado a la guerra de Marruecos un libro pintoresco. Empieza por serlo el título: *Guerra, guerra, al infiel marroquí*. Es una serie de conversaciones, en aquel estilo vivaz, desenfadado y colorista, bien inconfundible. Las cuatrocientas páginas son leídas sin cansancio, como quien oye el relato ameno de un viajero que ha querido vivir la aventura de Africa en los comienzos de esta dolorosa etapa nacional.

¿Cuál es el sentido histórico y político de la obra? Soriano es partidario de la expansión española en Africa, pero en un sentido exclusivamente civil. Los dos verdaderos iniciadores de la intervención en Marruecos son, para él, Domingo Badía, el famoso aventurero catalán, y el vasco José María de Murga, cuya singular psicología ocupa gran parte del volumen.

No voy a tratar aquí, una vez más, la cuestión de Marruecos. Del libro de Soriano se desprende un sentido de amor a la raza invadida, contra la cual se esgrime todavía, anacrónicamente, el arma de los odios seculares. Mientras iba hojeando esas páginas, me parecía ver desfilar mi propia juventud, en la resurrección de algunos de sus más notorios recuerdos. Un pasaje, singularmente, me interesó: aquel en que describe Soriano, como testigo visual, el fusilamiento de Farnu, el presidiario que cortó las orejas al moro Amadí, y que fué condenado a muerte en Consejo de guerra durante el mando del general Martínez Campos. Soy ferviente enemigo de la pena de muerte, pero comparto el sentimiento de indignación a que se debió aquel duro castigo, ya que el odioso crimen de Farnu era un atentado contra el carácter

civilizador de la intervención española y desmentía, con atroz argumento, nuestra superioridad ante los moros. Ahora mismo, al leer ciertas narraciones que han aparecido en casi toda la Prensa y aun en el grabado de algunas revistas, he pensado que no vendría mal, para nuestro buen nombre, una apelación al recuerdo de Martínez Campos...

La página mejor del libro es la visión final. El autor me comprenderá perfectamente; pero los lectores tendrán que acudir al libro mismo, porque aquí me es imposible dar más explicaciones...

Debo señalar también los capítulos en que recuerda el viaje a Marrakesch en 1893, con el séquito de Martínez Campos. Tiene gran vigor sugestivo la descripción de la *fantasia*, o acto de correr la pólvora. ¡Oh luminosidad de los cuadros de Fortuny, que muestran una anticipada tonalidad de oro viejo! La naturaleza del estilo de Soriano se adapta a esa mandra vivida de sentir el país y los asuntos marroquíes. Soriano es un vasco curtido por el sol de Valencia, y un poco también por sus fiestas de pólvora... Su pluma ha bordado «arabescos», como esas inscripciones coránicas que para el profano son adornos de capricho, en la voluta de los arcos que construyeron los alarifes de Córdoba y Granada.

Esas páginas puede decirse que son únicas en un sentido: se colocan ante los marroquíes en actitud de curiosidad, por lo menos literaria. Nada prueba mejor la sequedad espiritual de nuestro tiempo que la ausencia de visión artística del territorio que nos hemos propuesto «redimir». Todos los informes que nos llegan de aquella tierra desflorada giran en torno a una apreciación política o militar.

Aun los que han querido sazonar con evocaciones de vida la aridez colonial o estratégica del problema se han limitado a la pintura de cuadros españoles de milicia, o a continuar la leyenda de los tercios de Flandes, que es una falsificación histórica. Ha faltado el hombre capaz de colocarse idealmente en el campo adverso, para revelar el alma infantil y recelosa que queremos subyugar. No ha habido jamás compenetración entre los dos espíritus. Voy a decir una palabra que parecerá extraña e inoportuna para el caso: nos ha faltado amor a nuestros adversarios ocasionales, el amor que les debíamos como un recuerdo histórico de la España doble de que hemos nacido, bicéfala como un águila de blasón. Esos caudillos de la resistencia mogrebite, cuya psicología fluctúa entre el tipo de hostilidad ancestral, propio del Raisuli, y el tipo de aclimatación europea, a lo Abd-el-Krim, ¿cómo no han tentado la pluma idealizadora, épica y generosa de algún Ercilla? Esa hubiera sido una alta y noble justificación de superioridad, un verdadero gesto de metrópoli, toda una ejecutoria tutelar. ¿No sintió César la bárbara grandeza de los caudillos galos?

Desde que acabó la reconquista, los moros, en su infinita mezcla étnica, han sido para los españoles el *infiel marroquí*, tema de inoportunas execraciones o burdas parodias, que oscilan desde aquella grotesca y culterana comedia de Alarcón *La Manganilla de Melilla* hasta las farsas bufas de *Serafi Pitarrá* en los días de la guerra de O'Donnell. El propio libro del otro Alarcón sobre esta guerra no queda exceptuado de aquella incompreensión. Y no se hable del pobre *Romancero de la guerra de Africa*, que es

un eco impotente de otros días. Pongámos en contraste esa incompreensión con las profundas y amorosas evocaciones de un Loti, para que resalte la enorme diferencia. Hay un pudor de civilizado, una demanda continua de perdón en la actitud de ese hombre de guerra francés cuando entra con los brutales europeos en el recinto sagrado de Pekín o cuando reivindicó a Turquía, aun en plena guerra con su patria. Y el Mogreb de Loti continúa siendo la más pura plasmación literaria de la actual Berbería.

Cuando cayó Xexauen (que en buen castellano debería ser llamada *Sesudán*, como ha salido Tetuán de *Tetauen* o Zeluán de *Zelauen*), nadie sintió en España la grandeza elegiaca del momento, que se rasgaba el velo de una ciudad como el de una mujer musulmana ante la mirada concupiscente del cristiano. Nadie sintió el rubor de su coparticipación en el sacrilegio...

Si la verdadera revelación poética de Marruecos se hiciera, ¡qué distinta sería de la cabalgata carnavalesca imaginada por el vulgo! La sombría y horrible extensión de aquellos yermos se corresponde bien con la patriarcalidad forzosamente austera de los aduares y la férrea inadaptación de las razas sobrevivientes. La monocromía del Desierto, que produjo la absoluta pureza del monoteísmo coránico, cae sobre las tierras mauritanas como un éxtasis, como una invitación a la inmovilidad o un horror al cambio. ¿No hay en ello una dulce ilusión de eternidad? Cada pueblo tiene su manera personal de forjarse un sueño de inmortales...

Gabriel ALOMAR

BENAVENTE Y MIS CRÍTICAS

PARÉNTESIS (en que no se habla de Benavente ni de mis críticas)

Monomania

OBSEVO en el mundo de los artistas, y aun en el de los deleitantes, la propagación de cierta manía estética; una monomania.

Las monomanías están mal, simplemente por ser monomanías; limitaciones voluntarias del juicio y de la voluntad.

Se me dirá que todos los grandes hombres de inteligencia o de acción han sido maníacos de una idea o de un empeño. Respondo que no. La aprensión rutinaria de que los grandes hombres han sido monomaniacos proviene, o bien de ignorancia histórica, en la opinión vulgar, o bien, en la opinión culta, de un error de estimación, en que lo preponderante se toma como lo único.

Manía—como se sabe—significa furor. El grande hombre de pensamiento experimenta una especie de furor por todas las ideas, bien que a todas las domine y domestique, en servidumbre de un sistema personal suyo. No dejéis pasar, por la aduana de vuestra aquiescencia, como hombre de pensamiento a uno de esos mercaderes de sombras (como los llamó el filósofo helénico) y revendedores de ideas, adquiridas en un saldo, que a la mañana las compran por un ochavo y a la tarde os las quieren vender, después de haberlas embadurnado con un barniz de solemnidad hipócrita. Las ideas, las ideas valederas e inmortales, han de es-

tar sistematizadas, atrailladas. El pedante que se coltea ideas en la yema de los dedos, para prestigiar con ellas, como el sacamuelas de plaza pública, o como el salvaje pendientes en la nariz, para lucirlas, no merece respeto sino de bodeques y de indios. El marchamo que acredita la autenticidad de las ideas es ahora el mismo que en los días de Sócrates; en el anverso lleva estampado «¿por qué?», en el reverso «¿para qué?».

Asimismo, el grande hombre de acción siente furor por todas las formas activas, bien que supeditándolas a una finalidad o acción principal. Napoleón, el último arquetipo del hombre de acción, no era un monomaniaco de la guerra. Tanto como del arte militar era maníaco del arte literario—de la tragedia, señaladamente—, y de las artes plásticas, y de la arquitectura, y de la jurisprudencia, y sobre todo de la política, considerada como actividad universal.

Como teatro de acción, para un monomaniaco, basta un manicomio. Para un gran maníaco del pensamiento o de la acción, nuestro planeta es chico escenario, en el espacio; y de aquí que cuando uno de ellos aparece en la historia, su papel se prolonga indefinidamente en el tiempo.

El hombre está en el centro del horizonte. No hay horizonte sino con relación al hombre. Esto, así en lo biológico como

en lo psicológico. El hombre, pues, disfruta de cuatro cuadrantes para orientarse en todos sentidos hacia el universo. Prescindir de tres de ellos y sólo emplear uno, eso es monomania. En ocasiones, la monomanía procura sentar plaza de esfuerzo voluntario o dificultad que uno a sí propio se impone, por superarla, como andar con un solo pie o jugar al billar con una sola mano. Nada de eso. La monomanía, cuando no es deficiencia morbosa, es pereza inconfesada; escape por la línea de menor resistencia.

Lo nuevo y la moda

¿Cuál es aquella manía estética tan propagada actualmente? Dicho está, una monomanía; la monomanía de lo nuevo. Todo lo nuevo es excelente; todo lo viejo es execrable. Se ha establecido una sinonimia, tolerable si no fuera sinonimia abusiva. Todo lo nuevo posee un hechizo, un atractivo; sano unas veces, otras veces malsano. Para saber si lo nuevo es bueno, no hay más que una prueba: aguardar a que deje de ser nuevo.

Curiosa ilación, por donde hemos venido a parar en que lo bueno—lo bueno cierto—no puede ser nuevo. Esta comprobación de que lo viejo no es execrable, antes sólo en lo viejo reside lo bueno cierto, nos la proporcionan, por lo menos, el vino y los amigos, de cuya calidad nos

va certificando la ligereza del tiempo, medida que los despoja del brillo y asperezas de la novedad.

Decir: «esto que acabo de hacer y está flamante es bueno», no es cosa humana. No lo pudo decir más que Dios, en el Génesis. Y aun así y todo hay muchos que ponen en duda la bondad de la creación (por ejemplo, los autores melodramáticos y sentimentales, quienes, en sus obras, suelen arreglar el mundo conforme una pauta felicísima, de la propia invención. Ya he escrito alguna vez que si don Ricardo León o don Jacinto Benavente o los señores Quintero hubieran sacado la creación de la nada, como en ocasiones hacen con sus obras, el mundo estaría, en opinión de ellos, mucho mejor arreglado que como lo formó Jehová. Y que perdone Leibnitz, el cual sostiene que vivimos en el mejor de los mundos posibles).

En puridad no hay nada bueno si no es viejo... y nuevo al mismo tiempo: he aquí el secreto. No hay nada bueno, (bueno hasta cierto punto muy relativo), sino en aquellas actividades viejimas en que la humanidad se viene perfeccionando trabajosamente, siglos y siglos. Puesto que se perfecciona, aunque con lentitud, claro que lo último, lo nuevo cronológico, es bueno y es mejor que lo de antes; y en este sentido lo nuevo es bueno. Pero también en este sentido lo nuevo es viejo, puesto que es edad. Tal es la par-

paradoja del progreso. Y cuando no se acerca esta paradoja de lo nuevo cronológico, que es, en rigor, lo viejo en crecimiento, como deber en el esfuerzo de cada instante; cuando se quebrantan la continuidad y ensambladura tradicionales de la experiencia de siglos con el acto presunto, en tal punto *incipit decadencia*; comienza una era confusa, decadente o de transición.

Para un hombre que no resbala todavía por el declive descendente de su existencia, para un hombre *verbi gratia* de cuarenta años, lo nuevo será, si ha llevado una vida descarriada, corregirla y conducirla por caminos graves, como corresponde a su edad. ¿Qué diríamos si ese hombre discurre así: «vida nueva; desde los ocho años yo he sido un botarate; por lo tanto voy a comenzar por el principio y vivir mi vida otra vez con más seso; desde mañana voy a la escuela, vestido de marino, con calzón corto. Ese hombre es un imbécil. La vida, como los ríos, no andan hacia atrás. Ni la humanidad tampoco.

Pues ahora se pretende—en lo estético—que la humanidad, a pretexto de que ha llevado una vida descarriada, vuelva a la escuela, con calzón corto; peor aún, que comience desde la etapa de la vida cavernaria. Ruskin y sus coetáneos anatematizaron a Rafael como el gran corruptor de la pintura. A partir de Rafael el arte había seguido una vereda fuera de

mano, que por fuerza debía parar en el absurdo. Era menester reconstituir la tradición pictórica retrayendo la pintura moderna a sus orígenes prerrafaelicos. Ruskin se quedó corto. Después de él, cada día se alza un nuevo apóstol predicando la retracción del punto de arranque del arte nuevo, cada vez más atrás; y ya hay hasta quien reprocha el arte rupestre por demasiado académico. Esto equivale a destruir totalmente la tradición milenaria. Y en esta sazón es cuando indefectiblemente se determina la monomanía de lo nuevo; actitud de cansancio, pereza enmascarada, escape por la línea de menor resistencia. He aquí la tácita confesión de conciencia de estos monomaniacos: «Puesto que no hay manera de crear nada nuevo sino superando lo antiguo y sustentándose en ello, o sea estudiándolo y viviéndolo—esfuerzo odioso—, ignoremos decididamente todo lo anterior». Esta actitud tiene un pequeño inconveniente; que lo que se cree descubrir son Mediterráneos, hace tiempo descubiertos. En el registro de patentes, en todos los países, la enorme mayoría corresponde a inventos viejísimo, que se vienen utilizando y perfeccionando desde hace años, pero que el inventor nuevo ignoraba que existiesen.

La monomanía de lo nuevo es una modalidad del carácter femenino. Decía una modista de la reina María Antonieta: «no hay nada nuevo sino lo que está

olvidado». Pero la estética no es cuestión de modas.

La rueda y el tamboril

Ni en ciencia ni en arte podemos prescindir de la edad ya cumplida, de la experiencia lograda por los antecesores. En la aurora de la civilización, la genialidad del hombre inventa dos instrumentos que habían de dominar la sociedad para siempre: la rueda y el tamboril. Nuestra civilización marcha sobre ruedas. Insensato sería que un hombre de ciencia, apasionado por la novedad y bajo el escrúpulo de que nosotros, modernos, vivamos en dependencia de una cosa tan arcaica como es la rueda, aspirase a inventar un disco ovoide o poligonal con que sustituir la rueda. Pero la vida no es movimiento a secas, es movimiento rítmico. Y el ritmo, por muy exquisita y matizada que sea nuestra sensibilidad moderna, no podrá eximirse del tamboril como su expresión más sencilla y clara.

Ramón PEREZ DE AYALA

UN ERROR

Por un error material, apareció en nuestro último suplemento con el pseudónimo de *Gil Imón*, tan conocido y celebrado por trabajos de muy distinta índole, un artículo que se titulaba «Visio-

nes de Lisboa.—El fado de la Alfama», de que es autor nuestro querido compañero Gil Fíllol.

EDITORIAL MUNDO LATINO

LARRA, 10

El ilustre crítico Gabriel Alomar, dedica sus más fervorosos elogios a

La Muerte Nueva

Novela de

A. Hernández Catá

que, por las cuatro maravillosas figuras de mujer que rodean al atormentado protagonista y por la tersura y la fuerza del estilo, constituye uno de los libros más profundos y bellos de la literatura contemporánea

PEDIDOS: En todas las librerías, y al por mayor, en la de Yagües, Caballero de Gracia, 28

Advertimos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que «en ningún caso» nos es posible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.

Imp. de EL IMPARCIAL.—Duque de Alba, 4

“Anís Balmaseda” MALAGÓN (Ciudad Real)

Instituto Católico Complutense

ARENAL, 26, PRAL-APARTADO 269

Medicina, Farmacia, Ingenieros Industriales, Correos, Telégrafos, Radiotelegrafía, Auxiliares de Hacienda, Judicatura, Registros y preparación militar.

Gran Centro cultural, con brillantísimo profesorado.—Magnífico internado.—Pensión 170 pesetas.

Director: MANUEL MOIX GOMBAU
Doctor en Derecho y abogado del Ilustre Colegio de Madrid

Administrador: PEDRO MOIX GOMBAU
Presbítero

OBJETOS DE OCASION

Grandes surtidos en alhajas, gramófonos, discos, objetos para regalos y MANTONES DE MANILA.
SAN BERNARDO, 1.

Pedid Coñac Lion d'or

MOTOCICLETAS ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS ALQUILER Y REPARACIONES ALVAREZ HERMANOS

SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

LADRILLOS REFRACTARIOS TUBERIA DE GRES

Fábrica: PACIFICO, 12
TELEFONO M 17-85

ESMALTE ORO “EL SOL”

para dorar cuadros, espejos y retablos.

La Casa más surtida en colores

FLORENTINO PEREZ (S. en C.)

Sucesores de Díaz Herrera

HORTALEZA, 17

TURBINAS

para cualquier salto y caudal.—Etablissements Benninger. Uzwill (Suiza). Pídanse presupuestos gratis a Oficina Técnica «Promotor» (S. A.)

VALVERDE, 20. — MADRID



Medias y calcetines de seda, hilo y algodón muy resistentes y económicos por su duración.—Hortaleza, 82, LA ESTRELLA
Todo el que compre 25 pesetas de estos artículos se le regalará un billete legítimo de mil coronas, si el cliente lo exige.

CASA JIMENEZ

Primera en venta y alquiler de MANTONES DE MANILA, mantillas y trajes de frac y smoking.—CALATRAVA, 9.

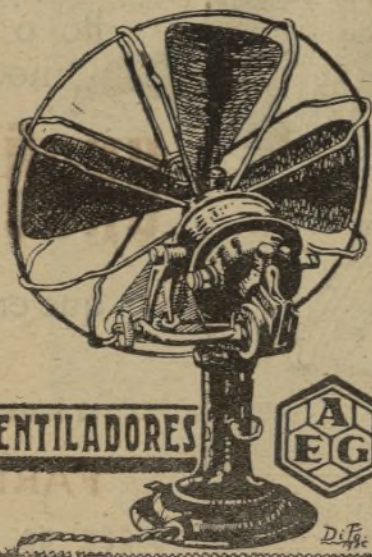
De sobremesa, con motor fijo y con motor móvil; universales, para mesa y pared; de techo, de muro, centrifugos, para minas, para aire húmedo, etcétera, etc.

Grandes existencias para entrega inmediata

PÍDANSE EN LA

América de Electricidad (S. A.)

Madrid.—Barcelona.—Bilbao.—Gijón.
Sevilla.—Valencia.—Zaragoza y en los principales establecimientos de venta de material eléctrico.



VENTILADORES



LOS MÁS PRÁCTICOS Y DE MAYOR DURACIÓN

Tapicería y Muebles de lujo

Manuel López

Serranillo Ayala, 60



ÚLTIMO PROGRESO ELÉCTRICO

PHILIPS

ARGENTA

CRISTAL OPALIN

ALUMBRADO
MEJOR
REPARTIDO
MÁS
MODERNO



ARGENTA

LUZ
MÁS
Suntuosa
MÁS
DECORATIVA

TRIUNFO

Al por mayor:
ADOLFO HIELSCHER, Soed. Anón. MATERIAL ELÉCTRICO
 MADRID: San Agustín, 2. BARCELONA: Calle Mallorca, 198.

DISCOS DOBLES "FADAS"

Todos al precio de OCHO pesetas

Los más artísticos y mejor combinados.-Aparatos con o sin bocina.-Ventas al contado.-Ventas a plazos, con precios de contado.

DISCOS
de
Raquel Meller
—
M. Serós
—
G. Flores
—
R. Leonís
—
Bailables
modernos



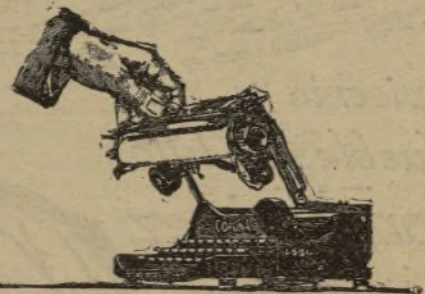
DISCOS
de
Salud Ruiz
—
Ofelia
de Aragón
—
G. Ortas
—
Óperas
—
Zarzuelas

Catálogos gratis y condiciones de las ventas a plazos, pidiéndolos a
FADAS - Peligros, 14 y 16 - MADRID

CORONA

La máquina de escribir perfecta

Se dobla como
— un libro —



Sólo cuesta
500 pesetas

Fabricada por Corona Typewriter C.º Groton
GASTONORGE C. A. - Sevilla, 16. - MADRID

GRAN HOTEL PARÍS

OVIEDO

Asturias -:- España.



Vista del Hall del Hotel de París.

Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y confort, capaz para 100 habitaciones.

Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los primeros del Extranjero.

Dormitorios de lujo inusitado. — *Brasserie* en el Hotel. — Orquesta en el espléndido *Hall*. — Salas de baño. — Teléfonos urbanos e interurbanos. — Salas de lectura. — Biblioteca. — Cocina de primer orden. — Servicio completo de automóviles

Pensión completa desde 12,50 pesetas.

DIRECTOR PROPIETARIO:

= D. Manuel del Valle Díaz. =

CALLOS

No se lamente usted de tener sus pies destrozados. No achaque a sus callos lo que sólo es obra de su incuria. El que tiene la cara sucia es porque no se lava. El que tiene callos, juanetes, ojos de gallo o durezas es porque no usa el patentado

UNGÜENTO MÁGICO

que en tres días los extirpa totalmente.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50. - Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID

